

## Une lettre de Carmelo de Echegaray, à Wentworth Webster

*Lorsque Don Julio de Urquijo, à qui j'avais offert la copie d'une correspondance entre Webster et d'autres bascophiles (correspondance dont l'original se trouve aujourd'hui au Musée Basque de Bayonne), m'exprima au début de l'an dernier le désir de publier ces quelques lettres, je crus comprendre qu'il s'agissait seulement de reproduire celles écrites par le Prince Bonaparte.*

*Quelle ne fut donc pas ma surprise de trouver dans le numéro 2 du tome XXV (1934) la publication intégrale du dossier que j'avais remis au Directeur de la R. I. E. V.*

*Publication complète, avons-nous dit. Pas tout à fait cependant, puisque ayant parlé dans mon introduction d'un ensemble de quinze lettres, treize seulement d'entre elles se trouvaient imprimées.*

*Pour l'une de celles qui manquaient, la question ne se posait pas, puisque (comme je J'avais indiqué dans une note) elle n'était plus inédite depuis sa publication dans le «Bulletin du Musée Basque», (numéros 1-2, 1930). Mais pour l'autre, dont la copie, égarée par ma faute ne figurait pas dans la liasse remise à Don Julio de Urquijo, son omission était particulièrement regrettable.*

*Il s'agit, en effet, comme on le verra ci-après, d'une très longue lettre de Don Carmelo de Echegaray, lettre qui donne une haute idée de l'amitié qui liait le «Cronista de las Provincias Vascongadas» et l'érudit anglais.*

*Ecrite en remerciement pour un envoi de livres, cette épître est surtout prétexte à d'amples réflexions et subtils commentaires critiques, où se révèle, dans toute sa richesse et sa diversité, la vaste culture des deux correspondants. Malheureusement, il n'y est qu'assez brièvement fait mention de questions relatives au Pays Basque. Mais, si vif est l'intérêt de ces trop courts passages, qu'il avive grandement nos regrets de ne pas connaître toutes les autres lettres échangées par les deux illustres bascophiles...*

PHILIPPE VEYRIN.

EL CRONISTA  
DE LAS  
PROVINCIAS VASCONGADAS  

---

PARTICULAR

Mr. Wentworth Webster.

Guernica, 14 de Marzo de 1905.

Mi docto y generoso amigo: Mil y mil gracias por los preciosos libros con que se ha servido V. obsequiarme. La edición de las poesías de Longfellow es lindísima, y por la forma en que están coleccionadas las efusiones líricas del autor de Evangelina, permite apreciar en conjunto la obra de aquel simpático vate, tan rico de afectos nobilísimos. Su traducción de las famosas *Coplas*, de Jorge Manrique, es sencillamente admirable. No se puede llevar á más alta perfección el arte de traducir en verso. Lo mismo digo de algunos sonetos de Miguel Angel, magistralmente vertidos en lengua inglesa. El poeta norte-americano, por la nobleza de sus sentimientos. por la elevación de su alma, por el culto que rinde á todo lo grande y á todo lo bello, me recuerda á Manzoni, aun cuando las condiciones artísticas del uno y del otro sean totalmente diversas, y propenda el primero á la amplificación elocuente y el segundo á la divina condensación lírica que se advierte en los *Himnos Sacros*.

También las lecturas del Cardenal Newman son por todo extremo importantes. Hay una, sobre todo, que antes de ahora ha sido recordada por el egregio literato colombiano Miguel Antonio Caro, como apología autorizada y bellísima de la utilidad de los estudios clásicos para la más perfecta educación humana. Es aquella lectura en que hace un paralelo tan ingenioso y en el fondo tan exacto entre el Cristianismo y la civilización.

El libro de Edmundo Gosse me parece un excelente manual, en cuanto á un extranjero le es lícito formarse juicio de estas cosas. Mis opiniones y gustos sobre determinados autores podrán no coincidir con los suyos. pero esto no quita para que yo le lea con mucho gusto, aun en estas partes en que no me dejo a rastrar por sus fallos críticos.

La conferencia leída por nuestro sabio amigo, el señor Fitzmaurice-Kelly, con ocasión del tercer Centenario del *Quijote*, es digna de su justa fama, y con eso está dicho todo. Difícil se hace aprovechar mejor el escaso número de páginas de que consta aquel excelente trabajo. En pocas palabras condensa el espíritu de la obra maestra de Cervantes, y hace notar que no fué una mera sátira contra los libros de caballería, sino una depuración, una perpetuación de lo que en esos libros habrá

de artístico y de perdurable, según lo puso bien de relieve en la Academia Española el señor Menéndez Pelayo al contestar a Don José Maria Asensio.

Una vez más se admira en este trabajo del señor Fitzmaurice-Kelly la discreción y la prudencia de sus juicios, y la seguridad de su erudición vasta y bien encaminada. Ninguna cosa se afirma sin que vaya acompañada de la correspondiente prueba. No hay nada que se parezca á dogmatismos altaneros y enfáticos; pero el lector queda plenamente subyugado porque no hay manera de rebelarse contra aquella manera tan sencilla y tan clara de decir las cosas y de demostrarlas sin aparato ninguno, antes bien con laudable modestia que causa mayor efecto en el ánimo de quien va recorriendo con atención aquellas páginas.

El libro de Martín Hume me parece, en su género, notoriamente inferior á las obras de Fitzmaurice-Kelly. Abundan las especies inexactas y los datos completamente erróneos. Se me figura que el libro está hecho muy de prisa, sin tomarse muchas veces el trabajo de consultar las fuentes. De otra suerte, no se comprende que se incurra en equivocaciones como la de calificar de drama una breve pieza lírica como *El Faro de Malta*, del gran Duque de Rivas, ni que se declare que Zorrilla—cuya vida de literato no comenzó hasta el día del entierro de Larra—había formado parte de la emigración española que se vió precisada á refugiarse en Inglaterra en tiempo de Fernando VII, perseguida por sus opiniones liberales. Pero estas, al fin y al cabo, son erratas de poca monta comparadas con aquella aventurada y temeraria aserción de que Duns Escoto vino á Córdoba á asimilarse las doctrinas del filósofo judío Avicibrón, para después difundirlas por Europa. Cabalmente, Avicibrón y Duns Escoto—prescindiendo de la diferencia de religión—representan los dos polos del pensamiento filosófico. Un joven y doctísimo sacerdote aragonés, el catedrático de árabe de la Universidad Central de Madrid, Don Miguel Asín, que está llamado á brillar extraordinariamente entre los orientalistas más ilustres de nuestra Edad. ha publicado recientemente un estudio, por todo extremo notable, sagaz y curioso, acerca de *El averroísmo teológico de Santo Tomás*, y en las primeras líneas de ese trabajo, tan serio y tan profundo, se hace notar que tres posiciones sucesivas adoptaron en la Edad Media las Escuelas cristianas, hebreas y musulmanas con respecto a las doctrinas peripatéticas: primera, reacción teológica contra Aristóteles; 2.<sup>a</sup> antinomia más o menos explícita entre la ciencia peripatética y la revelación; 3.<sup>a</sup> síntesis armónica de ambas. Representa la primera posición, entre los musulmanes, Algazal; entre los judíos, Iehuda Levi; entre los cristianos, la escuela agustiniana, cuyos primeros paladines son Guillermo de Auvernia y Alejandro de Hales, y á la cual se inclinaron más adelante los filósofos franciscanos, de quienes fué cabeza Duns Scoto. Personifícase la segunda posición en los *filósofos* propiamente dichos,

en el Islam; en Avicibrón, entre los judíos; en el llamado *averroísmo*, de Siger de Brabante, entre los cristianos. La tercera posición la adoptaron Averroes, entre los mahometanos; Maimónides, entre los israelitas, y entre los cristianos, Santo Tomás. Ya ve usted que Avicibrón y Duns Scoto representaron tendencias diametralmente contrarias. Además de esto, habiendo muerto Avicibrón en el año 1070, según en el mismo de Hume se asegura, mal podía haber escuchado sus lecciones el jefe de la escuela escotista, que no vivió hasta el siglo XIII. Acaso haya confundido el autor de que vengo hablando, al recordado filósofo franciscano con Miguel Scoto, que fué el principal propagandista del averroísmo; pero ni aun éste estuvo en Córdoba, sino en Toledo, en donde se hallaba establecido un colegio de traductores desde los días del Emperador Alfonso VII. Estos descuidos que saltan á la vista no acreditan ciertamente á un autor y á un libro. Y es lástima que se hayan deslizado al señor Hume, porque la materia de que trata es en alto grado interesante, y en manos de Fitzmaurice-Kelly hubiese dado lugar á un libro admirable, científicamente trazado y construído.

De todas suertes, yo se lo agradezco á V. vivamente, pues contiene multitud de noticias interesantes y observaciones no destituídas de fundamento, y recuerda la manera cómo la materia artística elaborada en España ha solido peregrinar algunas veces á través de tiempos y lugares hasta reaparecer profundamente modificada, en tal libro inglés que anda en manos de todos.

Estas cuestiones de orígenes literarios se tratan ahora con extraordinaria sagacidad y con erudición incomparable que no se cansa de recurrir á todos los manantiales. Cabalmente estos días estoy leyendo, con no pequeño deleite, el admirable libro del profesor Pío Rajna acerca de las fuentes del Orlando Furioso, y su lectura me ha hecho pensar que si en España se cultivaran con más intensidad esos estudios y se buscaran las fuentes del *Bernardo* de Valbuena, que es una de las imitaciones del Ariosto que más cerca llegan de su celeberrimo modelo, los libros y las cosas del país vasco tendrían que reclamar su parte en esos orígenes; pues en la selva exuberante y portentosa que constituye aquel poema, algunos árboles, cuando menos, proceden exclusivamente de la tierra éuskara. ¿Cuál es el conducto por donde pudo trasplantarlos el autor de la *Grandeza Mejicana*? A mi juicio no cabe ni siquiera poner en duda que tuvo presente el libro de Andrés de Poza, y que se lo facilitó Baltasar de Echave, cuya influencia puede discernirse también en algunas de las octavas descriptivas de aquella extensísima composición que recogió una de las manifestaciones más españolas que había revestido la tradición de Roncesvalles.

Y esto me trae como de la mano á hablar de uno de los puntos que toca V. en su preciosa y cariñosísima carta de 3 del mes corriente, que llegó con oportunidad á mis manos. Es una observación muy digna de

tenerse en cuenta la que V. hace, y sobre ella meditaré con calma, y veré si puedo encontrar alguna luz en los libros. Es muy significativo el hecho de que antes de la conquista normanda tuvieran ustedes piedras que se denominaban *Roland stones* en Inglaterra. Ya sabe usted cuál era la significación de los *rollos* en España. El *Diccionario* de la Academia la define así: «Columna de piedra, ordinariamente rematada por una cruz, y que en lo antiguo era insignia de la jurisdicción de villa». He visto uno de estos rollos muy cerca de Vitoria, junto a la torre de Mendoza, de donde desciende la ilustre familia de este apellido, que ha brillado con tanto fulgor en la historia de España, y en las diversas esferas de la actividad humana ha logrado escalar los puestos más altos y codiciados.

No anda muy acertado, por lo que V. me dice, el autor del artículo *Roncevalles* publicado en *The English Historical Review*. Errores como esos, divulgados por el mundo, merced á las publicaciones que los acogen, suelen ser luego poderoso obstáculo para la difusión de la verdad histórica. Así se impone una labor de rectificación continua, si no se ha de engañar á las gentes con patrañas que no resisten á un examen crítico, desapasionado y sereno.

Otro tanto ocurre con las costumbres de un país y con sus bailes característicos y peculiares. La impresionabilidad de un viajero, que se fía del primero con quien habla, y la ignorancia de los llamados á ilustrar á cualquiera que acude á un país en busca de noticias suelen ser origen de inexactitudes sin cuento. Tal acontece, por ejemplo, como usted dice muy bien, con las danzas propias y genuinamente vascongadas. ¿Donde se conocen ya, si no como caso raro, como curiosidad arqueológica que ha resistido felizmente á las variaciones que los tiempos traen consigo? De aquí la importancia de todos los trabajos que tiendan á describirlos en su primitiva pureza, y á fijar su carácter y significación especial. Cada vez me parecen más interesantes, y encierran más transcendencia para mí estos trabajos *folk-lóricos*, que dan la clave para la interpretación de muchos sucesos que la historia narra, y que á primera vista se nos antojan misteriosos e inexplicables.

Hace dos días he recibido de Bilbao una traducción en verso de *El velado profeta del Korasan* hecha por un magistrado de la Audiencia de la Coruña, con quien estoy en correspondencia á propósito de la vida y obras de don Enrique de Vedia y Goossens, hijo de Valmaseda y escritor notable, de quien sus paisanos apenas si se han acordado hasta ahora. *El velado profeta del Korasan* está versificado con mucha brillantez y soltura, pero no puedo apreciar la mayor o menor fidelidad de la traducción, porque no conozco el original de Moore. De las cuatro composiciones de que consta el *Laila Rook* de este bardo irlandés, sólo *El velado profeta del Korasan* y *El Paraíso y la Peri* han sido puestos en lengua castellana. Yo creo que en América se ha apreciado

más que en España la poesía de Tomás Moore, cuyas *Melodías irlandesas* encontraron un buen traductor cubano: don Rafael María Mendi-ve, que en sus obras originales no logró levantarse sobre las medianías, pero que en esa versión—cuya conformidad con el original no me es dado apreciar, por no haber visto en lengua inglesa las *Melodías*—dió muestras de saber hablar el lenguaje de las musas, cuando seguía los pasos de otro poeta más alto que él.

Ese don Enrique de Vedia, de quien hablo más arriba, fué muy inteligente conocedor de la literatura inglesa, no sé si por su permanencia en Liverpool como Cónsul de España, ó porque ya su educación literaria le hubiese preparado para ello. Vertió magistralmente, y con estricta sujeción al original, la *Elegía* de Gray *En el cementerio de una aldea*. He cotejado alguna vez la traducción con el original, y la hallo perfectamente ajustada, y expresada además en verso flúido y cadencioso, y con ritmo muy apropiado á la índole de aquella famosa *Elegía*. Este mismo Vedia fué también traductor de la *Parisina* de Byron, y del *Comus* de Milton, y colaboró con don Pascual Gayangos cuando se puso en lengua castellana la *Historia de la literatura española* del norteamericano Ticknor. El primer tomo lo tradujeron ambos: los restantes los tradujo solamente Gayangos. Dejó Vedia entre otras cosas, unas *Memorias inéditas para la historia de Valmaseda*, cuyo paradero quisiera averiguar para ver si el Ayuntamiento de aquella villa se decide á publicarlas, porque, dada la competencia y la ilustración de su autor, es de esperar que valga la pena de sacarlas a luz.

No se cómo agradecer á V. el espléndido regalo con que me ha favorecido. Aunque no se tome V. la molestia de leerlos todos, yo me complazco en remitirle libros que traten de las cosas de este país, para que los tenga usted á mano cuando se le ocurra consultar cualquiera de ellos. Con sólo eso me doy por satisfecho: conque los libros que yo le mando—para demostrarle mi gratitud y mi simpatía—puedan serle útiles alguna vez.

Siempre de V. sincero admirador y apasionado amigo q. b. s. m.,

CARMELO DE ECHEGARAY.